
LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

El Sacerdocio de Santo Domingo

AUNQUE Religioso y Fundador, Santo Domingo es ante todo sacerdote. Cuando pronunció sus votos en manos del Papa Inocencio III, había ya prestado eminentes servicios á la Iglesia en calidad de ungido del Señor, y tomaba entonces aquella resolución, movido precisamente de su caridad y celo sacerdotal. Pensaba, y pensaba conforme á los secretos impulsos del divino Espíritu, que sería más útil á la causa del Evangelio si ofrecía á Dios un sacrificio de sí propio, induciendo á otros á seguir su ejemplo, á fin de formar una falange de obreros apostólicos que heredasen su espíritu y lo trasmitiesen á las generaciones futuras. Los grandes propósitos, los grandes planes de Santo Domingo, fueron concebidos y llevados á cabo al calor que en torno de sí esparce el santo ministerio.

Como sacerdote, adornan á Santo Domingo dos grandes é inestimables prendas: ciencia divina en grado eminente, y actividad incansable. La ciencia divina es el conocimiento de los misterios de Dios, conocimiento que los Apóstoles no cesaban de implorar para todo cristiano. Ya en la Ley Antigua estaba seriamente encomendado á los sacerdotes el depósito de la ciencia sagrada según aquellas palabras del profeta Malaquías: «En los labios del sacerdote se ha de hallar la ciencia, y de su boca se ha de aprender la Ley». San Pablo recomienda á Timoteo el ejercicio de una doctrina saludable, porque no estaban muy lejos los tiempos en que, abando-

nando los hombres las verdaderas creencias, se habían de convertir á las fábulas. El error es muy viejo en el mundo, y no obstante su poca estabilidad, consigue perpetuarse entre los hombres tomando continuamente formas tan nuevas como seductoras. El error, cualquiera que sea su origen, siempre se resuelve en una pura y vergonzosa ignorancia, siendo ésta á su vez madre y principio de todos los errores; de aquí la necesidad ineludible para el sacerdote cristiano, de una alta sabiduría según Jesucristo, tanto para evitar en sí propio los efectos deplorables de la ignorancia, como para ejercer su ministerio con aplauso de Dios y de sus santos.

Esta condición santificadora, á la vez que indispensable para el ministerio sacerdotal, se cumplió en Santo Domingo perfectísimamente. Si examinamos los hechos de su vida, singularmente aquellos que sucedieron con motivo de la perversidad herética, veremos resplandecer en todos una doctrina sólida, un conocimiento de la Sagrada Escritura y de la Tradición, nada vulgar entonces ni ahora. Del Evangelio de San Mateo y de las Epístolas de San Pablo, que constantemente meditaba, sacaba Domingo las soluciones más acertadas á los gravísimos problemas que sin cesar le ofrecía su ministerio apostólico, allí aprendió esos inagotables principios de ciencia divina, á cuya luz acertaba á ver las raíces de la doctrina herética, que él durante siete años desarraigó de muchos corazones; allí aprendió esas reglas de consumada prudencia cuyo alcance y sabiduría jamás desmiente la variedad de los negocios ó la mudanza de los tiempos. Si le acompañamos con la mirada á Roma, á la propia morada del Pontífice, observaremos á Santo Domingo ejerciendo un magisterio doctrinal al lado del que es Maestro infalible de la Verdad. Allí explicó las Epístolas de San Pablo ante un auditorio que le escuchaba con el ansia que el deseo de la verdad aviva y acrecienta. Este hecho solo, sin contar las innumerables personas que á él acudían en busca de luces y de consuelo, nos basta para acreditar á nuestro Santo de poseer

una doctrina en las condiciones que pide el Apóstol de las gentes.

¿Y qué decir de la acción portentosa de su celo en beneficio de las almas? Ni un momento de su vida han estado ociosos los talentos naturales y las gracias sobrenaturales que Dios otorgó á su siervo: fué constante en él el desvío de la inacción pusilánime, mediante una sabia alternativa de ocupaciones fructuosas. Un hombre de oración continua no podía estarse ocioso; pero menos podría estarlo, cuando, con la oración, mantenían elevado su espíritu diversos ejercicios de vida activa, como la predicación y la enseñanza. Cuando la ociosidad se apodera de un espíritu, al momento es tentado de mil maneras, pronto se ceba en él toda suerte de concupiscencias que acaban por estragarle y perderle. Y si esto ocurre con cualquier hombre, al sacerdote le sucede de un modo más palpable, por lo mismo que esteriliza en sí un germen de actividad más fecunda, al sofocar la acción de una gracia que le fué otorgada en su admisión al santo ministerio. La Iglesia no puede ver ociosos á sus operarios, porque siempre urge la labor de éstos, y si así no fuese, siempre estará la verdad del texto sagrado que dice: (1) «muchas maldades ha enseñado la ociosidad».

Nuestro Padre Santo Domingo, lector asídúo de las «Colaciones de los Padres», comprendió desde luego, por la vida y ejemplos de los monjes antiguos, los peligros sin número de una vida ociosa, y firme en esta idea, jamás consintió en dar á su cuerpo más descanso que el indispensable para no perder las fuerzas. En cuanto al trabajo de su espíritu, era, si cabe, más perseverante y riguroso. En los prolongados viajes que hacía, al paso que se iba fatigando el cuerpo, el alma no cesaba de recrear sus fuerzas con la recitación de salmos é himnos, y con la intermitente lectura de los pasajes de San Pablo y San Mateo. Si le sucedía ir acompañado,

(1) Eccli. XXXIII, 29.

su conversación no giraba á otros asuntos que á los puramente celestiales y divinos.

Muy bien haría el sacerdote moderno en tomar por modelo al patriarca de los Predicadores. Las necesidades actuales de la Iglesia no son menos apremiantes que las del siglo XIII, y las virtudes sacerdotales tienen hoy, como entonces, sobrados oficios en que emplearse. Ya lo conocen, sin duda, muchos sacerdotes y no pocos Obispos y Prelados, y por eso procuran estudiar las virtudes del Santo, tomándolo por modelo y alistándose en las filas de la Tercera Orden.

FR. R.

APOSTOLADO DE SANTO DOMINGO

POR el retrato que hacen los escritores del siglo XIII de nuestro bienaventurado Padre, se infiere que desde su niñez labraba la Providencia aquella alma, en conformidad al destino que le estaba reservado. Una inteligencia clara y penetrante, un conocimiento profundo de las pasiones y veleidades que rigen nuestra vida, y un corazón magnánimo, que á todos hace hermanos, y sabe sentir hondamente las verdades, son las dotes naturales que deben adornar al apóstol. «Y nuestro Santo, aun humanamente considerado, fué, en efecto, uno de los hombres de ingenio más profundo y de corazón más tierno que han existido», escribe el P. Lacordaire. Estas cualidades naturales educaba y perfeccionaba él con diligencia, revistiéndolas y comunicándoles la vida que bebía en un libro sublime, en las Epístolas de San Pablo. Esta fué su ocupación durante el largo período que precedió á su apostolado. Como San Pablo en la Arabia y en Tarso, el ideal que perseguía Domingo en las

aulas palentinas y en el retiro de Osma era un conocimiento profundo de las Escrituras para confundir á los herejes, y una caridad ardiente para desafiar los peligros y la muerte por la gloria de Dios y la salvación del mundo. Eso fué lo que buscaba el joven estudiante en las horas silenciosas de la noche entre las sombras del santuario; eso lo que, adherida su frente á la fría losa, humedecida con sus lágrimas, y embargada su alma con delicias de las celestes visiones, encendía aquella hoguera, en su pecho encarcelada, aquella emanación del fuego creador, que luchaba por romper las cadenas que le aprisionaban, y desbordarse como una inundación de lava hirviente que todo lo abrasa y todo lo consume.

Durante su vida ejemplarísima de escolar, y aun en su retiro de Osma, se le vía frecuentemente ocupado en el ministerio de la palabra. A los treinta años, después de noviciado rigurosísimo, se consagró de lleno al apostolado en el Mediodía de Francia, donde por aquel tiempo tenía su centro la herejía albigense. Los martirios que acrisolaron su alma, las hieles que atormentaron su espíritu durante los veinte años de vida activa, sólo él pudiera expresarlos. Como el celo divino abrasaba sus entrañas, un instinto irresistible le movía á extender ilimitadamente su campo de acción en el tiempo y en el espacio; para lo cual, á costa de sudores y esfuerzos sobrehumanos, creó una *Orden de Apóstoles*.

Las ansias de su espíritu crecieron, sobre todo cuando el cielo aprobó visiblemente su misión. Cierta día oraba el Santo en San Pedro de Roma para obtener la conservación y la dilatación de su Orden. Arrebatado en éxtasis, vió que los Apóstoles San Pedro y San Pablo le entregaban: el primero, un báculo, y el segundo, sus Epístolas, oyendo al mismo tiempo una voz que le decía: «Vé y predica, porque para esta misión has sido predestinado»; y al mismo tiempo vió que sus hijos marchaban de dos en dos á evangelizar el mundo. Su inteligencia y su corazón se habían educado en la escue-

la del Apóstol; pero desde aquel día trató de reproducir en sí la vida de San Pablo hasta en sus ínfimos detalles.

Aunque implacable contra los vicios, era, sin embargo, clemente y tierno sobremanera con los pecadores. Cuando uno de ellos se postraba á sus pies, le decía palabras abrasadas en amor, y los más obstinados se rendían ante los gemidos que se arrancaban de su pecho.

No temía los peligros ni la muerte. En cierta ocasión le aconsejaron sus compañeros que se guardase de los herejes, porque maquinaban su ruina. Pero el Santo les respondió intrépido con el Apóstol: «Estoy preparado, no sólo para ser preso, sino aun para dar mi vida por Jesucristo (Act., XXI, 13)». Era el martirio el deseo más ardiente de su corazón.

.....

Su vida había llegado ya al ocaso. Suspiraba un día en la oración, pidiendo con el Apóstol la disolución de su sér y la incorporación con Cristo en la gloria. Entonces vió ante sí un mensajero divino, cuyo rostro fulguraba con luz más radiante que el sol, y oyó de su boca estas palabras: «Ven, amado mío, ven y entra en el gozo verdadero». Poco después, rodeado de sus queridos hijos, expiraba el bienaventurado Santo, como hubiera muerto un querubín, si los querubines muriesen.

El apostolado de Santo Domingo no terminó con su muerte. Sus hijos, herederos legítimos de su espíritu, aún viven, después de siete siglos de lucha con los errores y el vicio. «Ya historia, exclama inspirado un autor, ha narrado los trabajos de esos religiosos. Se levantaron formidables herejías, se descubrieron nuevos mundos, pero en las regiones del pensamiento como sobre las olas del mar, ningún navegante ha podido ir más allá en su abnegación ó en su doctrina. Todas las riberas conservan la mancha de su sangre, y todos los ecos repiten los acentos de su voz. El indio, perseguido como fiera, encontró un asilo bajo su hábito. El negro guarda to-

davía en su cuello la señal de sus abrazos; el japonés y el chino, separados del resto de la tierra por las costumbres y el orgullo, más aún que por la distancia, se sentaron para escuchar á esos extranjeros maravillosos. El Ganges les ha visto comunicar á los parias la sabiduría divina; las ruinas de Babilonia les han prestado una piedra para reposar y pensar un momento, mientras se enjugaban la frente, en los antiguos días». *En toda la tierra resonó su voz, y en los confines del orbe su palabra* (Psal. XVIII, 5).

SANTO DOMINGO, FUNDADOR DE LAS TRES ÓRDENES Y DEL SANTÍSIMO ROSARIO

ERA tan grande el celo que Santo Domingo tenía por la salvación de las almas, que moría de dolor con sólo pensar que alguna hubiera de condenarse. Por eso no perdonó trabajo alguno, ni se cansaba jamás de predicar á toda clase de gentes. Y para que su apostólado no terminara con su muerte, instituyó varias órdenes religiosas y el Santo Rosario, por cuyos medios se santificasen toda clase de personas y pudiesen cooperar á la santificación y salvación de los demás.

I

Fundación de la Primera Orden.—Para formarnos una idea exacta de la necesidad que tenía la Iglesia de la aparición de esta Orden, recordemos lo que la historia nos cuenta de aquella triste época; triste para muchos pueblos y para toda la Iglesia. Reinaba la herejía albigense, la cual dió motivo á muchísimos disturbios y guerras sangrientas: también se hizo sentir la necesidad de evangelizar varias regiones de Europa y otros países, en los que, ó no había penetrado aún

la luz del Evangelio, ó se había oscurecido con las herejías y falsas creencias. Santo Domingo comprendió perfectamente la necesidad de remediar tantos males como afligían á la Iglesia de Cristo. Él ya había recorrido todo el Langüedor y otras muchas partes de Francia, donde dejaba la herejía su huella venenosa; ya había instituído un asilo seguro á un gran número de jóvenes, expuestas á contraer enlaces con herejes; ya había fundado la Orden militar de la Milicia de Jesucristo, que tantos servicios prestaba á la Iglesia; ya había también logrado innumerables y prodigiosas conversiones por medio del Rosario; pero, no pareciéndole suficientes estos medios para destruir por completo tantos males, ideó otro medio, que llevó á cabo de la manera más satisfactoria, y fué fundar una sociedad de varones doctos y celosos que, desembarazados de las cosas de este mundo por la profesión religiosa, pudieran consagrarse con libertad á la defensa de la fe é instrucción del pueblo cristiano, bajo un plan uniforme y permanente. Después de pedir consejo á hombres santos y de buen criterio para semejantes empresas, y animado por ellos, comenzó su nueva vida monástica en Tolosa de Francia, acompañado de varios varones ilustres; uno de ellos, llamado Pedro Cellari, ó Sellan, le dió las casas que poseía en Tolosa para construir los primeros conventos de la nueva Orden.

En 1215, Domingo partió para Roma, á fin de negociar la aprobación de su Orden, y la obtuvo del Sumo Pontífice Inocencio III. Al año siguiente fué confirmada por Honorio III, sucesor de Inocencio. Estos fueron los comienzos de la sagrada Orden de Predicadores, llamada así por el Papa Honorio, en atención al ministerio que desempeñan sus individuos.

II

Fundación de la Segunda Orden.—Cronológicamente hablando ésta fué la primera Orden que fundó Santo Domingo,

pero se la llama segunda con relación á la que acabamos de describir.

San Francisco de Asís, amigo de nuestro Santo, comenzó á fundar primero las casas de religiosos, porque deseaba que se aumentase luego el número de varones apostólicos, que combatiesen la herejía: mas Santo Domingo, con no menos nobles y santos intentos, quiso comenzar por las mujeres, pareciéndole que era más conveniente evitar el peligro que tenían éstas de ser engañadas de los herejes. Este proyecto lo vió realizado el 26 de Diciembre del año 1206. Tenía por fin la santificación propia de las jóvenes que abrazaban este género de vida, y de procurar á otras sólida educación cristiana. El primer monasterio que tuvo esta Orden fué el de Nuestra Señora de la Prulla en Francia. Hoy forman esta Segunda Orden las monjas Dominicanas, que con su vida de ángeles están impetrando del cielo inmensos favores á los pueblos y á toda la Iglesia cristiana; favores, por cierto muy grandes, que por no ser debidamente conocidos y pensados, muchos los niegan ó desprecian sin saber lo que hacen.

III

La Tercera Orden de Santo Domingo.—Los herejes abigenses en Francia, y lo mismo los maniqueos y gibelinos en Italia, bajo la protección de Federico II, no contentos con extender sus errores de palabra y por escrito, emplearon la violencia maltratando especialmente á los sacerdotes, devastando las iglesias, despojándolos de sus bienes y atacando á la autoridad del Papa. Viendo nuestro Santo que era necesario rechazar la fuerza con la fuerza, fundó, hacia el año 1209, la Orden militar de la milicia de Jesucristo. En esta milicia sagrada sólo eran admitidos hombres de reconocida virtud, que se obligaban, por profesión, á tomar las armas cuando las necesidades de la Iglesia lo reclamasen. Uno de sus miembros fué Simón de Montfort, llamado por los historiadores católicos intrépido y celoso *Macabeo y Defensor de la Igle-*

sia. Después que desapareció la herejía, los profesos de esta milicia tomaron el nombre de Hermanos de la Penitencia de Santo Domingo. «Munio de Zamora, que gobernó la Orden de Predicadores desde 1280 á 1291, acomodó la antigua regla según lo requerían las circunstancias». Esta Orden florece hoy como nunca, y se halla honrada por toda clase de personas, que están prestando tantos beneficios con sus enseñanzas de palabra y por escrito, y lo mismo con sus ejemplos de vida toda cristiana. Sus individuos participan de todos los bienes espirituales de la Primera Orden de Predicadores. Y, ¿quién podrá enumerar los Santos que ha dado á la Iglesia? Recordemos solamente á Santa Catalina de Sena, que es Madre de esta Orden bendita.

IV

Institución del Rosario.—Hacia dos años que Santo Domingo predicaba el Evangelio en el Langüedor en compañía de D. Diego de Acevedo y de algunos monjes cistercienses, pero pronto quedó solo. Entonces fué cuando con más instancias acudió, en su desconsuelo, á la Madre de la misericordia en demanda de ayuda para sostener la lucha comenzada contra los enemigos de Dios. Compadecida la Virgen de tantos trabajos, inspiró al Santo la devoción del Rosario, prometiéndole su protección y amparo, como lo hizo, efectivamente. Que Santo Domingo instituyó el Rosario, no hay duda; sólo disienten los historiadores en señalar la ocasión en que le fué revelado por la Virgen Santísima. Los innumerables beneficios que está haciendo á la humanidad la devoción del Santísimo Rosario, son demasiado conocidos de todos para que nos detengamos en recordar alguno de ellos; dejamos esta tarea á la consideración del lector.

¡Oh! y ¿qué alegría, qué gozo, no tendrá ahora Santo Domingo en el cielo al ver los innumerables ejércitos de santos que, por los medios que él instituyó, se santificaron?...

FR. W. F.

A LA VIRGEN MARIA

Gran reina, Virgen pura:
los ritmos de mi lira
amorosa recibe, son los ritmos
que canto á tu hermosura,
los ritmos que me inspira
tu belleza, tu amor y tu ternura.
Ayúdame, Señora, y mientras tanto
empezaré mi canto.

Mas ¿qué notas, qué ritmos, qué armonías,
qué suaves melodías,
infelice mortal, podré entonarte?
Dios mismo toda pura
te llama; al saludarte
de Dios al mensajero toda llena
de gracia; la natura
de bellezas y encantos ataviada
derrocha sus primores
tu belleza en cantar y tus amores.

El lucero que muestra en noche oscura
al nauta en mar bravía
la ruta verdadera,
¿no dice que es María
su estrella que en la fiera
tormenta de la vida
hacia el puerto seguro á todos guía?

La espuma de los mares
y las blancas diademas seculares
de los montes excelsos; de los valles,
los lirios, los jazmines,
la azucena y el nardo en los jardines:
¿no dicen á porfía

que más pura, y más cándida es María?

—
En sus trinos sin par los ruiseñores
y las brisas sonriendo entre las flores
y los ríos y las fuentes murmurando:
¿no dicen, ya en sus trinos
el cantar de los bosques, ya las brisas
en plácidas sonrisas,
que á tí, Virgen simpar, están cantando?

—
La luz de blanca luna
en la noche serena,
el astro rey al despertar el día
llevando con su lumbre
la vida á la alta cumbre,
al llano, á la espesura,
al prado, y la hermosura
á las pintadas flores
que entreabren sus corolas
sus caricias sintiendo y sus amores:
tanto hechizo doquier y gozo tanto
¿no son, augusta Reina,
un reflejo tan sólo de tu encanto?

—
Del cielo las estrellas
que pueblan los espacios,
formando con sus huellas
cascadas de topacios,
Señora, ¿no te prestan
su luz? ¡Ah, no!. son ellas
las que obtienen belleza, luz y encanto
al resbalar sobre tu regio manto.

—
Del cielo las virtudes
pulsando sus laudes
sus canciones te ofrecen, y los coros
de ardientes querubines
tocando los confines

de tu luz sacrosanta, son tan sólo
meteoros, son centellas,
son rastro de las huellas
de tu potente lumbre.
Y al ver allá en la cumbre
á tí que habéis podido
encerrar en tu seno á quien en todos
los mundos no ha cabido,
no saben qué decirte,
no saben alabarte;
y yo, Virgen Bendita,
¿sabré siquiera hablarte?
Perdona, dulce encanto,
yo no puedo cantarte, no soy tanto.
Mas ya que suaves ritmos
y melodiosos himnos
ofrecerte no puedo, en tus alturas,
permíteme, Señora,
poner algunas flores.
Son flores que nacieron
en ameno jardín, jardín cerrado
do sólo flores bellas
de fragancia celeste todas ellas
sus dueños han plantado.
Son nardos y jazmines
de exquisito perfume, son claveles
más rojos que la grana,
son blancas azucenas, lindas rosas,
violetas pudorosas: soberana
Señora, ¡qué perfumes
tan gratos; ¡qué primores
ofrecerte podré con estas flores!

—
Mas ¡ah! qué desencanto:
el hermoso verjel donde nacieron
cubriste con tu manto.
Es tuyo, tus delicias
han sido embellecerla

con tus gracias, tu amor y tus caricias.

—
No puedo yo ofrecerte
las flores de otros huertos,
las flores sin aroma,
las flores de los muertos.
Haz, Virgen, muy fecundo
ese bello jardín, sus bellas flores
te ofrezcan en el cielo
su encanto y sus olores.

FR. F. P.

LA ORDEN DE LA VERDAD

LA Orden de Santo Domingo, como todas las aprobadas por la Iglesia, es Orden santa; pero posee además, como Orden de Predicadores, una cualidad peculiar: la ciencia. Dios la destinó para salvar las almas, para librarlas de la esclavitud, y para eso la hizo fiel depositaria de la verdad, porque la verdad es quien libra al hombre (*Joan.*, 8, 32).

En la frente del Fundador puso Dios una estrella esplendorosa, y los destellos que difunde no se extinguen jamás. A través de los siglos brillan con luz pura, con luz divina que cautiva las miradas de los mortales.

Por eso dotó Dios á la Orden de Predicadores de ingenios singularísimos que escudriñasen con ojos divinamente iluminados los caminos difíciles que todo hombre debe caminar. Por eso, ya desde sus primeros días, le dió un Hugo de San Caro, un Alberto Magno, y, sobre todo, un Santo Tomás de Aquino, quien tan alto se elevó en la contemplación de la Verdad que, como dijo León XIII, apenas la razón humana puede subir más arriba. Él ha enseñado á siete siglos; su doctrina, la más segura después de la inspirada, según de-

claraciones de los Sumos Pontífices, se ha ido infiltrando en el corazón mismo del pueblo cristiano todo; sus enseñanzas han sido escuchadas y acatadas por casi todos los sabios cristianos á él posteriores; y puesto por los Papas á la cabeza de todos ellos, ha sido por fin declarado Patrono de todas las Universidades, Academias, Liceos y Escuelas católicas.

Y al Maestro han seguido en su misma Orden hombres admirables, cuyo número es incontable, cuyo saber es indefinible por lo extenso, insondable por lo profundo. Sólo sus nombres llenarían pliegos; ¿cuánto más sus elogios?

Concretándonos á los de España, á los que salieron de este inmortal plantel de San Esteban de Salamanca, ¿quién no ha oído nombrar y ponderar á Deza, el ingenio capaz de comprender á Colón, á Victoria, el regenerador de la teología española, á Soto, Melchor Cano, Medina, Báñez, Gallo, etcétera, etc., etc.?

Y esto, en el terreno filosófico-teológico solamente; que si nos internamos en los otros campos de estudio, se perderá nuestra imaginación con sólo mirar el conjunto de nombres dominicanos que con sus fulgores los esmaltan. Veríamos entre los canonistas á San Raimundo de Peñafort, príncipe de todos ellos, y á San Antonino de Florencia; entre los escriturarios á Hugo de San Caro, Santos Pagnini, y en nuestros días la celebérrima Escuela Bíblica de Jerusalén; entre los escritores místicos á Eckart, Taulero, Luzón, Santa Catalina; veríamos eruditos como Vicente de Beauváis, Tolomeo de Luca, Alfonso Chacón, Le Quien, Echard, Combeffis, Natal Alejandro, Orsi, Mamachi, Denifle...; literatos como Granada, Cabrera, Hernando del Castillo, Lacordaire; artistas tan inspirados como Bartolomeo della Porta, el Beato Angélico de Fiésóle, el P. Besón, etc., etc.; cultivadores de las ciencias tan insignes como Ignacio Dante de Perusa, cosmógrafo de Gregorio XIII, Santos Marmochini, Juan de Tolosa, Juan Facundo de Verona, maestro de César Scalígero, y últimamente, los PP. Guglielmoti y Embriaco.

Y sus grandes oradores ¿quién los contará? La Orden de Predicadores los cuenta por millares. Santo Domingo, Reginaldo de Orleans, Jordán de Sajonia, los hermanos Jacinto y Ceslao de Polonia, San Vicente Ferrer; ¿qué victorias tan sorprendentes recuerdan estos nombres? ¿Y quién contará asimismo las conmociones populares producidas por la palabra de fuego de un B. Juan Domínici, de un Savonarola, de un Fr. Luis de Granada, de un Jerónimo de Lanuza? Pues los anales de la oratoria dominicana en nuestros días ¿quién los podrá escribir? Lacordaire, Monsabré, Ollivier, Didón, Etourneau, Janvier, Monterde, Paulino Alvarez: ¡oh, qué palabra la suya! ¿A qué elogiarlos? ¿No son de todo el mundo conocidos?

La Orden que tales hijos ha dado, no es extraño se haya visto honrada, con los cargos más eminentes, por la Iglesia y los pueblos. Ella viene desempeñando desde su fundación el espinoso cargo de Maestro del Sacro Palacio, es decir, Teólogo del Papa y Censor imprescindible de todos los libros que se imprimen en Roma; sus hijos han sido los Confesores de los Reyes, los consejeros de las naciones en los casos más apurados, los ángeles de paz que han puesto término á sin número de discordias intestinas. Y es que todos confían en ella, porque saben que es la Orden de la Verdad.

La Orden Tercera de Santo Domingo

EL celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas, que abrasaba el corazón de nuestro Patriarca Santo Domingo de Guzmán, le inspiró la fundación del su V. Orden Tercera. Dos fueron los fines que se propuso realizar con su institución: la defensa de la Iglesia y la perfección espiritual de los prójimos. La Iglesia de Jesucristo

se vió en los días de Santo Domingo terriblemente combatida por la herejía, su más funesto enemigo, por cuanto ataca directamente la unidad del Catolicismo y la verdad de sus dogmas. Nunca ese abominable mónstruo se había manifestado con caracteres tan alarmantes y peligrosos. Los herejes anteriores se contentaban con negar ésta ó la otra verdad de fe; pero los maniqueos del siglo XIII atacaban de frente casi todos los dogmas de nuestra Religión sacrosanta: el culto, el sacerdocio, la autoridad, los Sacramentos, las Escrituras, la adoración de las imágenes de los Santos, la pureza y maternidad divinas de la Virgen Santísima, la divinidad de Jesucristo, la unidad de Dios, en una palabra, todo era combatido, blasfemado y escarnecido por aquellos malvados, defensores de todas las monstruosidades y todos los errores. Como su misma fealdad les había obligado á permanecer en las tinieblas durante varios siglos, cuando por vez primera pudieron salir á la luz del día y ostentar ante las gentes su horrible catadura, se presentaron con la audacia, con la tiranía y con las violencias que siempre acompañan al error triunfante. Sobre todo, los sacerdotes, los religiosos, los templos y demás personas y cosas eclesiásticas eran objeto de sus más crueles represalias. Asesinaban y martirizaban á los eclesiásticos con atroces suplicios; robaban é incendiaban los lugares sagrados; profanaban las imágenes de los Santos; cometían toda suerte de violencias y de injusticias contra los católicos, y ejecutaban todas las maldades y todos los atropellos que su odio infernal les inspiraba. Ante tamaños excesos, nada aprovechaban las reclamaciones de los Obispos y de los Papas, porque los señores se enriquecían con los despojos de las iglesias y de los fieles, y, además, casi todos eran fanáticos partidarios de la herejía. La audacia y el odio de los herejes llegaron hasta asesinar al Legado pontificio, Pedro de Castelnau: y cuando el Obispo de Orange se presentó al Conde de Tolosa, pidiéndole que, á lo menos en los domingos y días festivos, se abstuviese de cometer sus robos y latrocinios,

éste, tomando la diestra del Obispo, le dijo con desprecio: «Juro por esta mano que no haré caso alguno de los domingos y días festivos, ni daré cuartel á las personas y cosas eclesiásticas».

Santo Domingo, en sus frecuentes viajes por Francia é Italia, fué testigo de los desmanes de los herejes. Su ardiente celo por la pureza de la fe y por la libertad de la Iglesia no podía menos de encenderle en deseos de aplicar oportuno remedio á tan grandes males. Ya había fundado su Orden de Predicadores, y sus hijos luchaban como esforzados campeones contra los enemigos de la Religión, confundiendo el orgullo de éstos con las virtudes propias, con la predicación, con públicas disputas, con sus escritos; pero las armas de la razón y de la palabra no siempre son eficaces, cuando se trata de convencer á gente perdida, que otra cosa no busca más que vivir encenagada en los vicios. Las predicaciones y conferencias de Santo Domingo y de sus hijos, aunque convertían muchas almas envueltas incautamente entre las redes del error, á veces no conseguían otra cosa que exasperar el furor de los herejes, confundidos y desenmascarados por la luz de la razón y de la verdad; por eso les preparaban asechanzas, en las que perecieron con glorioso martirio muchos predicadores de las verdades evangélicas. Santo Domingo pidió á Dios, con oraciones y penitencias, que le inspirase el saludable remedio y le diese fuerzas y auxilios para consumir la obra de represión de la herejía; y de sus oraciones, y de sus lágrimas y de sus penitencias nació su Orden Tercera, que entonces se llamó con el hermoso nombre de *Milicia de Jesucristo*. Al principio solamente eran admitidos en ella los hombres que, además de comprometerse á observar los estatutos de la Orden, que les prescribían cierto número de preces, de ayunos y otras penitencias, juraban defender, en caso necesario, la libertad de la Iglesia y de sus ministros con las armas en la mano. Muy pronto, sin embargo, pidieron las mujeres ser también admitidas en esta santa Milicia

para participar de las gracias que por la Iglesia le fueron concedidas y contribuir con sus oraciones al triunfo de la causa católica. Nuestro Santo Patriarca accedió gustoso á estas súplicas, quedando así definitivamente constituída su Tercera Orden, y con ella terminada la grande obra de Fundador, que le encomendó la Providencia. ¡Hermosa institución! ¡magnífica Milicia!, mucho más brillante y eficaz que las Órdenes militares, que antes y después se fundaron, porque, en tanto que sus guerreros develaban con la espada material á los herejes, otro ejército más numeroso, formado por las mujeres y las hijas de aquéllos, luchaba en su favor con las armas de la oración y de la penitencia. ¿Quién referirá sus triunfos? ¿Quién narrará sus victorias? ¿Quién será capaz de contar los laureles por ellos conquistados? Yo me contentaré con decir que, organizados por Santo Domingo y sus hijos, y acaudillados por Simón de Monfort y por otros valientes capitanes cruzados, vencieron muchas veces á los herejes en batallas campales, contribuyeron en gran manera al triunfo de la Iglesia en Francia y en Italia, y se hicieron acreedores á los elogios, gracias y privilegios que los Papas les concedieron.

*
*
*

La represión de la herejía por las armas era entonces una necesidad apremiante, pero transitoria, que cesaría luego que esto se hubiese conseguido. El santo Fundador intentó otro fin más importante, más permanente, tan duradero como el tiempo, porque siempre existirá en la Iglesia la necesidad de realizarlo: este fin es infundir y fomentar en las almas la vida espiritual, la vida de la gracia. Ciertamente es que este fin ya se le ha propuesto Santo Domingo en la fundación de las otras dos Órdenes; pero no todos son llamados por Dios al estado religioso, ni conviene á la sociedad que todos se hagan frailes y monjas. Nuestro Santo Patriarca quiso hacer el estado religioso accesible á toda clase de personas, suavi-

zar las asperezas y austeridades de la Orden Primera para dar cabida en ella á personas de todos los estados y condiciones é infundirles el espíritu de oración, de penitencia y de celo apostólico, que es el espíritu de la Orden de Predicadores.

Entonces se vió un espectáculo maravilloso, no presenciado desde los primitivos tiempos del Cristianismo. «Domingo, dice el P. Lacordaire, con la fundación de su Orden Primera sacó las falanges monásticas del desierto y las armó con la espada del apostolado; con la creación de su Tercera Orden introdujo la vida religiosa hasta en el seno del hogar doméstico y en la cabecera del lecho nupcial. El mundo se pobló de doncellas, de viudas, de personas casadas, de hombres de todos estados que públicamente ostentaban las insignias de una Orden religiosa, y se sometían á sus prácticas en el secreto de sus casas... No se creía ya que, para elevarse á la imitación de los Santos, fuese preciso huir del mundo... Cualquiera aposento podía ser una celda, y una Tebaida cualquier casa... Una de las cosas más bellas que se pueden leer en la historia de esta institución: «en todos los estados de la vida humana, desde el trono hasta el escabel, ha producido Santos con tal abundancia, que el desierto y el claustro podían envidiarla. Las mujeres sobre todo han enriquecido la Orden Tercera con el tesoro de sus virtudes». En ella se han santificado mujeres de la más alta nobleza y hasta princesas de sangre real, como lo fueron las Beatas Zedislava; Juana, princesa de Portugal; Margarita, duquesa de Saboya; en ella alcanzaron la perfección humildes hijas del pueblo, tales como la Beata Bienvenida, la Beata Margarita de Castello, la Beata Juana de Orvieto, Santa Catalina de Sena, Santa Catalina de Riccis, Santa Rosa de Lima y tantas otras, cuyos nombres sería imposible recordar; y en ella florecieron también insignes y santos varones, de los que se puede nombrar el Beato Alberto de Bergomo, al Beato Grignon de Monfort, á San Antonio María Zacarías y á otros muchos que, con sus

virtudes, ilustraron la Iglesia y la gloriosa historia de nuestra V. Orden Tercera. Verdaderamente podemos decir con nuestro gran P. Lacordaire: «una de las cosas más bellas que se pueden leer es la historia de esta institución».

El árbol de la T. O. de Santo Domingo se mantiene hoy tan fuerte y vigoroso, tan rico de savia y de vida como en sus primeros días. Con los siglos ha dilatado inmensamente sus ramas; cada día produce nuevos retoños, á cuya benéfica sombra encuentran remedio ó alivio todas las necesidades y miserias de la humanidad. Prueba de ello son las muchas Congregaciones de Terciarios y de Terciarias Dominicanos que se han organizado en los últimos tiempos. La Congregación de Terciarios, fundada por el P. Lacordaire y consagrada casi en su misma cuna por la sangre de los mártires de Arcueil; la de Terciarias de la Anunciata, fundada por el piadoso P. Fr. Francisco Coll, y otras varias, educan en la piedad y en las letras la niñez de las ciudades y de las aldeas; las Terciarias del Rosario Perpétuo hacen continuamente la guardia al Santísimo Sacramento y á la Virgen del Rosario; otras asisten á los enfermos de los hospitales; otras recogen los niños abandonados, y otras se dedican á otros fines tan caritativos como estos. Europa les ha parecido estrecha para el ejercicio de su caridad: han atravesado el Atlántico, y las dos Américas y las islas del Océano experimentan los efectos de su abnegación. Han seguido á los misioneros al Oriente, y en el Africa Oriental, en el Asia Menor, en la India, en los imperios de Tonkín, de la China y del Japón y en las más apartadas islas de Oceanía instruyen á los salvajes y á los infieles, asisten á los enfermos, curan con amor de madres á los leprosos, levantan escuelas, asilos y orfanotrofios, donde recogen y educan á los infelices niños que sus padres infieles abandonan, y, en fin, ayudan á los fervorosos misioneros en sus conquistas evangélicas.

LA OBRA DE SANTO DOMINGO

Y LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

LA perpetuidad es una nota de las obras inspiradas por Dios. No se necesitan grandes esfuerzos críticos ni literarios para hacer ostensible que la obra del *Padre de los Predicadores*, como conducente á la salvación de las almas, no tiene rival en toda la extensión de la vida del Cristianismo, si se exceptúa la de los Apóstoles. Esto, por lo que se refiere á su siglo, es bien evidente; pero como alguien ha tratado de arrebatarse esa eficacia divina para tiempos posteriores, ensayaremos probar cómo en su *fundación—en su historia—y hoy mismo*, la obra de Santo Domingo es *la obra reina del apostolado más vigoroso y eficaz*.

I

Es muy notable que el Instituto Dominicano responde á las necesidades del pueblo como á las del mundo artístico y científico: todo lo abraza, todo lo domina, todo lo subyuga. El filósofo, adorador de la razón pura; el teólogo, que se remonta á lo inconmensurable y eterno; el humanista y el naturalista caen bajo sus dominios del mismo modo que el humilde y sencillo catecúmeno. No hay estado ni condición humana que no pueda recibir su influencia bienhechora, que no pueda participar de su fecundo y universal apostolado.

Fué esto una exigencia del siglo XIII.

Todas las épocas necesitan más ó menos del *apóstol catequista y misionero* y del *apóstol apologista, teólogo, científico*; pero ningún siglo lo pidió como el siglo XIII, y ninguna Orden lo llenó como la *Orden de la Verdad*. La Historia nos ha comparado la corrupción de aquellos lugares, que fueron teatro del celo de Santo Domingo, á la de los griegos y romanos en sus períodos de decadencia y molicie. La herejía albigense atizaba este fuego al mismo tiempo que contaminaba á la Iglesia y la tendía asechanzas. Santo Domingo ama á esa Iglesia, que parece desplomarse, y comienza aquel

trabajoso y fructuosísimo apostolado, que aún continúan hoy sus hijos con su mismo espíritu.

Arma á sus guerreros: pone en sus manos armas de temple finísimo, y, al poco tiempo, sus escuadrones guerrean valerosamente en toda Europa. Lo maravilloso y hasta entonces desconocido, pero que prestaba toda la seguridad á aquellas marchas atrevidas, valerosas é infalibles en el éxito, era la fuerza incontrarrestable de la retaguardia de este ejército.

Fué el primer cuerpo de soldados con que contó desde el momento de concebir su grandioso proyecto de defensa de la Iglesia y conquista de las almas.

Aquellas almas puras que se inmolaron en la Prouille, que se ofrecieron en sacrificio por la humanidad, cubrieron siempre con su valimiento las alas del ejército con que Domingo se lanzó á la conquista del mundo.

Añádase ahora á esto la eficacia del *Santísimo Rosario* y la acción social de la *Milicia de Jesucristo*, ó sea de los *Terciarios Dominicanos*, y se verá que nada más perfecto se podía crear en aquellos días para salvar al mundo cristiano.

II

Hoy no juzgamos en todo su valor la obra portentosa que llevó á feliz término el celo que tenía por la salvación del mundo el Santo Patriarca.

Poner la santa predicación, hasta entonces reservada á los Obispos, en manos de hombres sabios y santos, ansiosos de derramar su sangre por Jesucristo, valió tanto como encender la tierra con aquel fuego de que nos habla el Profeta Isaías; porque fuego es la palabra divina que purifica los corazones y acrisola los espíritus.

En su Orden los apóstoles se cuentan por legiones: no hay pueblo que no haya visto entrar por sus puertas en la aurora del día de su fe ó en el momento de su debilidad, de su desfallecimiento, al hijo de Santo Domingo convertido en Ángel de luz.

Se ha dicho de esta Orden que está *locamente enamorada* de la salvación de las almas. Esta expresión encierra sintéticamente toda la historia de la Orden de Predicadores. En ella todo se sacrifica por el prójimo, y ha llegado ya la hora en

que su espíritu de sacrificio raya en abandono de sus intereses personales.

A los siete lustros de su nacimiento se dilataban ya sus conquistas entre los sarracenos, griegos, búlgaros; sembraban la fe en el país de los Cumanos, en Etiopía, en Siria, en la nación de los godos, en el Ponto Euxino, en Iberia, á las orillas del Nilo, en Georgia, Armenia, Hungría, Tartaria, India y *otras varias naciones del Oriente*.

«Las primeras brisas que empujaron embarcaciones europeas á la Groenlandia llevaron allá á los frailes predicadores», ha escrito Alzog. «Mares, tempestades, hielos del polo, ardores del trópico, nada detiene al fraile predicador: viven con el groenlandés; atraviesan con el tártaro y el iroqués inmensas soledades; montan el dromedario del árabe; siguen al cafre errante por sus abrasados desiertos; el indio y el chino son sus neófitos». Al mismo tiempo se extiende su apostolado en Europa á todas las regiones del arte y de la ciencia.

«Enseñar á los demás lo que han contemplado», es su divisa. ¿Cómo la han cumplido? Sus oradores sagrados han sido proclamados como los mejores del mundo por Papas y hombres competentes. El Beato Jordán de Sajonia, llamado por su delicadeza y atractivo *la dama cortesana*, atrajo á la Orden á más de mil estudiantes de lo más selecto de París y Bolonia; San Reginaldo y San Pedro Telmo se inmortalizaron: el uno en Italia, y el otro en España; San Jacinto recorre el Norte de Europa, y llega, sembrando la fe, hasta el corazón de Asia; San Pedro de Verona fué martillo de la herejía en Italia y protomártir dominicano; el Venerable Taulero, asombro de Alemania; San Vicente Ferrer, la *voz más poderosa que en el mundo jamás se oyó después de los Apóstoles*; San Luis Beltrán, apóstol de la América Meridional; Granada, Posadas, Lanuza y otra infinidad de ellos, que el tiempo nos prohíbe trasladar. Sus escritores ascienden hoy á más de 10.000, y los volúmenes que han escrito no bajan de 40.000. La Orden de Predicadores ha llevado su apostolado hasta las más remotas y luminosas esferas del arte cristiano.

«Nuestros padres fueron los que formaron á Rafael y á Bramante. Ellos trabajaron en las cúpulas de Milán, Pisa y de San Pedro».

Montalembert ha dejado escrito de ellos: «Los hermanos predicadores, sobre todo, han mantenido las artes en su vigor, pureza y fecundidad, y bajo formas nuevas las han he-

cho llegar al ideal de la belleza transfigurado por la fe; á aquella perfección encantadora de la gracia, de la nobleza, cuyo tipo se encuentra en la *madona*, tal cual la pintó el bienaventurado dominico Juan de Fiésolo, por justo sobrenombre el *Agélico*.

Así cumplió siempre el artista dominico su lema: *contemplata aliis tradere*.

Así lo cumplieron los incomparables artistas dominicanos: Fr. Sixto, Fr. Ristoro, Fr. Giovanni, el que elevó la admirable *Sposa*; Fr. Bartolomeo, el gran maestro de Rafael, y Fray Benedetto.

III

La Orden de Predicadores es todo eso y mucho más. Su celo por la salvación de las almas, manifestado por el apostolado, por las ciencias y por todos los ramos del arte que, como en ninguna Orden han florecido en la de Predicadores, no tiene límites ni cabida en las breves líneas de este artículo. ¿Qué fué la Orden de Predicadores en el siglo XIX? ¿Qué es en el siglo XX?

Lo que en el siglo XIII. Foco de luz y de calor, donde se inflaman y arden las almas.

La Orden de Predicadores, á pesar de la inmovilidad sorprendente con que ha atravesado seis siglos, ha gozado en todas las épocas del don divino de la *adaptación* á todas las necesidades, permaneciendo siempre constante é inmóvil, á pesar de mostrarse siempre nueva y como en la aurora de su nacimiento.

El siglo XIX nunca olvidará á la Orden de Predicadores. Surgieron para él apóstoles dominicos, veloces como el rayo, que conmovieron la Francia, Inglaterra, Irlanda, Italia y los Estados Unidos. Vivos están todavía sus recuerdos. Aún no se oyen sin admiración y espanto los nombres celebérrimos de Tomás Buvque, *el mejor predicador del mundo*, según Pío IX; del P. Lacordaire, *el nuevo profeta, la voz más elocuente del siglo XIX*; del P. Monsabré, Didón, Ollivier, Eturneau y Janvier, que aún ocupa hoy el púlpito de Notre Dame de París, á pesar de todos los radicalismos sectarios del Gobierno francés. En manos de Dominicos están las mejores Revistas exegéticas, teológicas y aun filosóficas que hoy se publican en Europa. Tampoco se ha olvidado la Orden del apostolado del arte, que por tradición le pertenece: hace po-

cos meses han llamado la atención en la Academia de Bellas Artes de París unos estudios sobre el P. Bessón. Pío IX le comparaba á Fr. Angélico, y un día que se le cayó el pincel de las manos, el Papa le recogió, besándoselas al entregárselo. Para salvar almas nació esta Orden, y aún continúa con denuedo esta santa misión.

FR. G. DE LA CAMPA.

LECCIÓN DE UNA MADRE CRISTIANA

(CUADRO HISTÓRICO)

AQUELLA mujer ¡qué buena era, Dios mío! En su familia la bondad parecía transmitirse por herencia. Sus abuelos gozaban de santa memoria, y de sus padres bien recientes eran los innumerables beneficios á los vecinos, y ella..., y su hija...; su hija estaba aprendiendo á ser santa, ella debía serlo ya. Llor y alabanza á las madres verdaderamente discípulas de Jesucristo. Llor y alabanza á las hijas que tan dócilmente siguen las inspiraciones de tales madres.

Era una tarde del mes de los encantos, del florido Mayo; madre é hija habían salido á regar el huerto, que poseían á la puerta de casa. Concluído el riego, aún con sol, sentáronse bajo la copa de un manzano, que en medio del huerto, muy frondoso y muy cargado de fruta, se levantaba, y allí tuvieron el siguiente devoto coloquio.

—Voy á decir á mi prima que no me llame más á bailar; no me gusta el baile.

—Hoy dices que no te gusta, y el domingo estarás deseando que llegue la hora del baile.

—Le digo la verdad, madre, el baile no me gusta; y, si usted no se enfada, no volveré ni siquiera á verlo. En vez de aprender bien á bailar, quiero aprender á ser buena santa. ¿Qué le parece?

—Lo sé por experiencia, Rosita mía, las diversiones del

mundo son como humo (1), que hace cerrar los ojos para no ver las cosas que pertenecen á nuestra alma.

—Aprenderé oraciones á todos los santos y se las rezaré todos los días para que...

—Eso de oraciones, pocas, buenas y bien rezadas, es lo principal.

¿Cuáles son las mejores, madre, que bien sí he de rezarlas?

—Santa Teresa dice al principio de su *Vida* que fuera del Rosario, de pocas oraciones era ella aficionada. No sabemos lo que vale el Rosario.

—El Rosario ¿perdona los pecados?

—Ninguna oración, Rosita, perdona los pecados, sino Dios únicamente. Las oraciones enfervorizan al alma y mueven á Dios á que derrame sobre nosotros sus bendiciones, y á que nos perdone los pecados que tenemos y á que nos libre de caer en la tentación de más pecados.

—Y el Rosario, ¿hace esto que usted dice?

—Sí, hija, como que después de la Santa Misa no hay devoción que sea más agradable á Dios nuestro Señor.

—Yo no lo sé ni lo entiendo bien, explíquemelo usted algo más.

—El Rosario nos atrae las bendiciones de Dios.

Esto es fácil, hija de mis entrañas, esto es fácil de explicar. Rezando el Rosario meditamos la Sagrada Pasión de nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién habrá que meditando, por ejemplo en la oración del huerto de Jesucristo nuestro Señor y en los crueles azotes que le dieron, teniéndolo atado á una columna y casi desnudo, y cuando le pusieron en su santísima cabeza la corona de espinas, que picaban muchísimo, y cuando subía por la cuesta del monte Calvario con la pesadísima cruz á cuestas, y, por último (¿cómo puede haber, Dios y Señor mío, gente que no os ame?), cuando fué enclavado en una cruz en medio de dos ladrones y allí murió por librarnos á nosotros del pecado y por llevarnos al cielo? Pues si bien pensamos esto, querremos mucho á Dios, y Dios al ver que le queremos, según es de misericordioso, derrama sobre nuestras almas innumerables beneficios.

Rosita, enjugándose las lágrimas que le había arrancado

(1) Alude al humo que se forma en las cocinas y que tanto molesta los ojos.

el discurso de su madre, contestó con voz temblorosa y melancólica:—Sí, esto ya lo entiendo; he de rezar todos los días el Rosario, y pensaré en los misterios, y amaré á Jesucristo. Aquí se le apagó la voz en la garganta.

—El Rosario mueve á Dios á perdonarnos los pecados, continuó aquella santa madre. Dios quiere que todos nos hagamos santos, «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto», nos dijo Jesucristo nuestro Señor. Por eso está deseando perdonar todos nuestros pecados, pero quiere que nosotros nos humillemos á pedirselo. Pues en el Rosario se lo pedimos humildemente al decir, rezando el Padrenuestro, «y perdónanos nuestras deudas». Y también se lo pedimos, poniendo por intercesora á su Madre María Santísima, cuando decimos á la Virgen: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte».

—Ya lo voy comprendiendo, madre. Y ¡qué bueno es Dios!, porque esas dos oraciones que usted ha dicho, el Padrenuestro y el Ave-María, son del cielo. La una nos la trajo nuestro Señor Jesucristo, y la otra el Arcángel San Gabriel cuando vino á saludar á nuestra Señora la Virgen María ¿verdad, madre?

—Sí, es verdad, guapa mía; has de pedir á Dios que te perdone todos los pecados y las faltas, y se lo has de pedir con mucha humildad y con esperanza de que te los perdonará, y se lo has de pedir todos los días. Aquí los ojos de Rosita volvieron á humedecerse levemente, y su madre daba gracias á Dios en silencio, por ver tales disposiciones en aquella hija de sus entrañas.

—El Rosario nos libra de caer en la tentación de más pecados, continúa la buena madre. Primero, porque meditando la Pasión de Jesucristo nos parecen feos los pecados; y además se lo pedimos á Dios en el Padre nuestro al decir «y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal»; estas palabras también nos las enseñó Jesucristo, Rosita.

—Jesucristo...; nos las enseñó Jesucristo—murmuró Rosita por lo bajo.

—Es el mejor medio para hacerse santa; meditar mucho en la sagrada Pasión, Rosita, y como el Rosario tiene todos los misterios, resulta que rezando el Rosario se puede meditar toda la sagrada Pasión. Las otras devociones casi que todas se ordenan á esto, y *velay* por qué es ésta la mejor ó de

las mejores. Otras devociones se rezan en un sitio ó en unos cuantos pueblos, pero el Rosario se reza en todos los pueblos de todo el mundo. Porque es tan buena devoción, salvó tantas almas en tiempo de Santo Domingo de Guzmán que le fundó, y porque salva tantas almas lo extienden por todas partes los frailes de Santo Domingo. Estos frailes, porque se dedicaban á predicar el Rosario en todos los pueblos, fueron llamados frailes Predicadores por los Papas.

Rosita escuchaba pensativa, absorta, sus dedos entretejían maquinalmente los pliegues del delantal de su madre.

En el raso del firmamento empezaban á brillar algunas estrellas.

Levantáronse madre é hija y siempre unidas en amigable, espiritual consorcio, se dirigieron á casa, humildes, á continuar practicando con fe y con amor las enseñanzas de aquella sublime lección de madre.

VALLE-MEDINA.

SECCIÓN DE NOTICIAS

Homenaje á San Raimundo de Peñafort.—Con gran solemnidad se celebró, á mediados del pasado mes de Junio, en la iglesia de PP. Dominicos de Barcelona, la inauguración del altar que muchos Abogados del Colegio han dedicado á su patrono San Raimundo de Peñafort. Ofició en tan solemne acto el canónigo Doctoral y Provisor de aquella diócesis Dr. Palmerola, asistido por dos capitulares, y predicó el conocido orador sagrado P. Laviesca. Asistieron al acto el Gobernador civil, Fiscal de S. M., Delegado de Hacienda, representante del Obispo de Eudoxia y Cabildo Catedral, Cónsul de Francia, y lucidas representaciones de la Audiencia, Ayuntamiento, Universidad, Academia de Jurisprudencia, Colegio de Abogados, Colegio de Notarios, Escribanos y Colegio de Procuradores.

Lección china.—Es muy digna de tenerse en cuenta la lección dada á los países civilizados por la autoridad de Kiangsu, China Septentrional. La mencionada autoridad ha dado recientemente una ley en la cual se dispone: «que cualquier empleado público que publique obras inmorales pierda su empleo; los particulares que cometan igual delito serán castigados con cien palos y destierro; los vendedores y compradores de tal mercancía con cien palos y tres años de destierro. Y añade la ley que dentro de los treinta días siguientes á su publicación, sean destruidos todos los ejemplares de obras inmorales y quemados los que estén imprimiéndose». ¡Qué falta nos hacía en España una ley semejante!

Gracia Pontificia.—Tomamos de la *Lectura Dominical* lo siguiente: «Denegada en su día por la Congregación de Ritos la petición de que el Beato Berrio-Ochoa fuese nombrado Patrono de Elorrio, por oponerse la legislación á que se nombren patronos no declarados Santos, el señor D. José María Urquijo, en audiencia que le concedió Su Santidad, le pi-

dió, como concesión especialísima, la merced que había sido denegada, y Su Santidad Pío X, por gracia especial y sin consulta ni trámite alguno escribió por sí mismo el Decreto concediendo á Elorrio el Patronato del Beato Berrio-Ochoa y lo entregó al Sr. Urquijo, á cuya satisfacción justísima de todo corazón nos asociamos».

El Beato Berrio-Ochoa es natural de Elorrio, en donde nació en la primera mitad del siglo pasado. Era Dominicó y Obispo del Tonquín, en donde fué martirizado, viviendo aún su padre, el año 1861. Su Santidad Pío X le beatificó solemnemente el año 1906.

Labor de un fraile en favor de los obreros. — Lo es, y meritísima, la llevada á cabo por el Dominicó P. Rutten, natural de Bélgica. Este ilustre hijo de Santo Domingo ha consagrado toda su vida á la clase obrera, procurando inspirar en otros el amor que en sí sentía hacia los hijos del trabajo. «Trabajad, decía el P. Rutten en una conferencia dada á la juventud católica, por haceros serviciales á los que padecen en la fábrica, en el taller, en la mina». Todos sus estudios, todos sus desvelos ha consagrado á resolver la cuestión obrera, estudiando por sí mismo la vida del trabajador, no desde la celda, sino viviendo con ellos, lo mismo que ellos, para mejor conocer sus miserias y las causas que las producen y así aplicar los remedios más convenientes. «Quiso ver por sus propios ojos la vida de los mineros, conversando con ellos en el fondo de las minas, descendiendo preferentemente á los pozos más profundos y más cargados de *grisú*, convirtiéndose en zapador, picapedrero, etc., etc., á fin de ponerse más en contacto con los obreros». Recientemente una revista científico-literaria apellidaba al P. Rutten: «el fraile minero». De estos estudios, tan sobre el campo, han salido obras maravillosas para instrucción de sabios é ignorantes, de patronos y de obreros. Pero sobre todas ellas es digna de mención la labor infatigable del P. Rutten en la fundación y propagación de los Sindicatos católicos, que tan ruda oposición le suscitó en un principio y que gracias á su fe y constancia ha visto coronada por los más felices y halagüenos resultados, sobre todo después que el Emmo. Cardenal Mercier le apoyó con su autoridad y poderosas iniciativas. A principios del presente año existían en Bélgica 485 Sindicatos obreros con 39.517 asociados. ¡Cuándo se convencerá el obrero de que su mejor amigo y protector ha sido, es y será la Iglesia, de la cual los frailes son soldados de primera fila! La obra del P. Rutten es prueba palpable.

Estátua á Fr. Luis de Granada. — En el pasado Junio tuvo lugar en Granada un acto solemnísimo. Ante numeroso público y con asistencia de las autoridades eclesiástica y civil, y representaciones de todas las corporaciones existentes en la ilustre ciudad granadina, tuvo lugar el acto altamente simpático de descubrir la estatua levantada, por sus conciudadanos, en honor de Fr. Luis de Granada. Por falta de tiempo no podemos reseñar aquí tan solemne fiesta y sólo copiaremos la inscripción que en uno de los lados del pedestal va inscrita: «Al V. P. M. Fr. Luis de Granada, de la Orden de Predicadores, hijo insigne de esta ciudad, gran orador y fecundo escritor sagrado de la España del siglo XVI, que por su celestial doctrina y su maravillosa elocuencia, enalteció y santificó en sus sermones y en sus escritos la lengua castellana».

Peregrinación á Alba de Tormes. — Para el próximo mes de Octubre se está organizando una peregrinación sevillana á Alba de Tormes.